

P, Alfonso Ruiz, ocd

8

Estilo de Feminismo

Burgos 2020

INDICE

Mujer honesta.

Mujer y ruin.

Mujercilla flaca.

Como varones fuertes.

Malecillos de mujeres.

La verdadera descalza

Si tuviera libertad.

Nos tiene el mundo acorraladas.

Libertad de espíritu.

La Santa libertad.

Esclavos de todo el mundo.

No soy tan letrera.

Que valiera ser filósofo.

Fémina inquieta.

Estilo de Feminismo

Aunque no me he propuesto agotar el tema de lo que entiendo como características del estilo teresiano, y sería, además, presunción de la que huyo el intentarlo, hay todavía un tema al que me parece obligado referirme para que, al menos, quede un tanto redondeada nuestra reflexión. Claro que, dado lo heterogéneo del público, para una parte del mismo es, a todas luces, menos importante. No diré que innecesario porque, al fin, si no les sirve para asimilarlo como exigencia propia, puede ayudar para comprender mejor a quienes, al fin, llamamos hermanas. Y hacerlo a puerta cerrada sería privarles de ese beneficio y adivino que les echarías en falta.

Me estoy refiriendo a lo que, en consonancia con el resto de nuestra reflexión, yo llamaría estilo teresiano de feminismo, y que no sería justo pasar por alto cuando, a veces, no falta en la sociedad quien busque amparo para el mismo en la propia santa.

Quizá sea bueno matizar, desde el principio, cuáles son las coordenadas entre las que nos movemos, porque creo que, de suyo, la palabra feminismo despierta en quien la escucha sentimientos diferentes, y no pocas veces encontrados, según sea, claro está, la postura en que cada uno está situado, lo que equivaldría a los naturales prejuicios, heredados del contexto social y la educación recibida, y lo que se entiende por tal en algunos ambientes.

Acaso, en general, al hablar de feminismo, se piensa de inmediato en la reivindicación de derechos, cuando menos de igualdad, que las mujeres hacen a la sociedad regida, ciertamente, hasta hace muy poco solo por hombres. Por lo que conlleva la disputa de si es posible o hasta donde ha de reclamarse esa igualdad y todas sus posibles consecuencias.

Yo, en la reflexión, quiero referirme simplemente a la conciencia que la Santa tiene de su propia condición de mujer, en la que ve, como es natural, a sus seguidoras, y a esos posibles matices peculiares que adornan, matizan, ensalzan y ponen de relieve esa condición femenina de otras personas y, en particular, de sus religiosas. Sin ocultar, por supuesto, que, en no pocas ocasiones, la Santa recoge una queja o reclama un derecho, no tanto ni ciertamente por el afán de igualdad, cuanto porque no se pierdan ni menosprecien esos sus valores femeninos, y así ayudar más a todos, y más especialmente, desde luego, a la Iglesia que constituye para ella la verdadera sociedad en la que se siente enraizada.

Mujer honesta

Teniendo en cuenta sus propias palabras, la primera percepción que parece tener la Santa de sí misma como mujer, y de cuantas comparten la condición, establece ya una clara distinción entre lo que supone ser hombre o mujer. Seres perfectamente diferenciados, por supuesto, en lo físico y morfológico, pero más aún en la psicología y en las cualidades y empeños que la sociedad reclama a cada uno.

Ya al mencionar a sus padres, atribuye a cada uno las virtudes que la sociedad estima como más propias. Su padre es descrito como hombre de gran verdad, no jura, honrado, no murmura, compasivo con los criados, por lo que no admite esclavos, culto, amigo de leer. Y aunque no lo diga Teresa, hombre de negocios que ha empuñado también las armas.

La madre, a su vez, aparece como mujer de grandes virtudes, piadosa (es la que enseña a rezar e inculca las devociones a los hijos) de grandísima honestidad y harta hermosura, de porte sobrio y austero en su vestir, de trato apacible y de harto entendimiento, que cultiva, pues es aficionada intensamente a la lectura, cosa no muy usual en la mujer de aquel tiempo. De salud frágil, que le lleva a morir prematuramente.

Además de percibir estas cualidades en los padres, percibe igualmente, en su afectividad, que de algún modo ella como mujer es el centro afectivo de la casa... Todos le tienen gran amor. Y ella a todos, si bien por edad, será Rodrigo “el que yo más quería” (V 1,5) el que se convierte en compañero de juegos, y de huida a tierra de moros, aunque también lo hace con otras niñas y se divierte: gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios como que éramos monjas” (Ib. 6). Luego, tras hablar de los primos, con los que se relaciona y “sus niñerías” resaltarán las cualidades de la hermana mayor – honestidad y bondad – que no copia — según ella— y lo negativo de aquella parienta de “livianos tratos”, que le da parte de sus cosas y la aparta del fervor primero, no obstante los avisos y reconvenciones de su padre y hermana mayor, motivo por el cual, al fin, le ingresan en las Agustinas donde, gracias al ejemplo de la Briceño y de tan buenas monjas, “que lo eran mucho las de aquella casa y de gran honestidad y religión y recatamiento” (V 2,8) reorganiza su vida.

La siguiente mujer que aparece en el relato biográfico, aparte de las monjas de la Encarnación donde ingresa, es la que tiene enredado al cura de Becedas del que ella le libera con sus habilidades y afecto. Y hablando de ello, dirá para aviso “que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener, y crean que pues pierden la vergüenza – que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad, que ninguna cosa de ellas pueden confiar, que a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afección que el demonio les pone, no miran nada” (V 5,5). Y añade, a renglón seguido: “Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran...”(Ib). Para acabar diciendo: “creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud, y aún para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí” (V 5,6).

Además de habernos hablado de las devociones de su madre hacia los santos y la Virgen, en particular el rosario, y la religión de las monjas Agustinas, alude más adelante, a sus propias devociones y como un indicativo quizá de que las prácticas de piedad y devoción sean más propias de la mujer, añade: “nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres. Con ceremonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacían devoción” (V 6,6). Y posteriormente lamenta también la libertad de que disfrutaban las monjas para salir y entrar en la Encarnación y dice: “Y así me parece es grandísimo (peligro) monasterio de mujeres con libertad” (V 7,3).

Otra limitación, ciertamente, impuesta a la mujer es la de no estudiar, la de ser carente de letras, por lo que, a la hora de la verdad, sus opiniones o juicios son minusvalorados, debiendo someterse sin más al de los doctos... Dice la Santa, como justificándose: “Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan” (V 11,6). Y de modo particular, la Santa aludirá repetidamente a las prevenciones con que los hombres veían que la mujer emprendiese el camino de la oración por estar previsto como más malo y peligroso para las mujeres “en especial para mujeres es más malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión” (V 12,7), dice ella reflejando el sentir común de los doctores... “He visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas ha más lugar”... (4M 3,11) “Esótras devociones... podrá ser os engañe el demonio, como ha hecho a muchas, que en mujeres es cosa peligrosa” (CE 29,7). Y de tal manera ve la sociedad y con ella la propia Teresa la flaqueza como algo connatural a la mujer, que nos dice ella misma, como sorprendida, tras el encuentro y convivencia con doña Luisa de la Cerda en su casa de Toledo: “Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo a aquella señora. Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo” (V 34,4).

Bien cabe decir que, con todo lo apuntado, Teresa refleja la imagen que la sociedad de su tiempo tiene hecha de lo que ha de ser la vida y las actitudes del hombre y de la mujer. Y cómo, en definitiva, a esta se le pide mayor recato, y se espera sea más inclinada a la piedad y a las devociones, sin entrar propiamente en el mundo de la oración, como especialmente peligroso para ellas, que han de estar, además, sometidas a la sumisión de los doctos y a tener la libertad más restringida, aquello de “la mujer, la pierna quebrada y en casa”. La Santa ha recogido, no sin sutil ironía, este parecer más o menos general de la sociedad de su tiempo, y más en particular, de algunos doctores muy pagados de sí mismos y temerosos de que las mujeres se dediquen a la oración y que atemorizan a las mismas para que desistan, con decirles: “Hay peligros” “fulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro que rezaba mucho, cayó”, “hacen daño a la virtud”, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones”, “mejor será que hilen”, “no han menester esas delicadeces” (C 21,3).

Mujer y ruín

Además de todas estas limitaciones, asumidas y heredadas de la sociedad, Teresa siente añadida la de la propia ruindad de vida, Es decir, sus pecados y miserias, con las que ha faltado al Señor en su propósito de una entrega total a Él. Algo que lleva muy dentro. Tanto que, a esta altura del capítulo quinto del libro de la Vida, es ya la novena vez que la Santa se define a si misma como ruín. Ya

en el prólogo se había referido a su “ruin vida”, tan ruin “que no he hallado santo de los que se tornaron a Dios con quien me consolar” (Ib.). Y esa percepción que tiene de sus mezquindades va siempre añadida a su condición de mujer, por lo que se siente acobardada. Al menos, en principio. Dirá ella: “Basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin” (V 10,8).

Pero, como decía, eso es quizá solo en un principio, pero si en su reflexión —y no digamos nada, si ha sido aleccionada por el Señor— entiende que debe hacer cualquier cosa, por difícil que sea, ya no habrá obstáculo que le frene, según es decidida... Aludiendo a uno de esos esfuerzos notables que tenía que hacer, precisamente, para mantener la fidelidad prometida al Señor en la oración, nos contará cómo preferiría cualquier penitencia a la de tener que ir a la oración. Y añade: “Y es cierto que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo, que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me lo dio Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal, para forzarme” (V 8,7).

Con esta alusión a su fortaleza de ánimo, aunque pudorosamente diga que son los demás lo que dicen más que ella, la Santa ha definido en verdad una de sus cualidades más notables como es **la entereza de ánimo**. Y, a lo que sabemos, llevaban razón los que lo decían. Y gracias a ella podrá llevar a efecto la obra singular de su propia vida personal, en la que se incluye la tarea de fundadora.

Solo que, a decir verdad, ella no se sentía del todo a gusto con ser solo la excepción de una regla. Porque es evidente que, en la mentalidad de la sociedad, y no solo la de su tiempo, la mujer es siempre sinónimo de fragilidad. Y así lo apunta ella misma, de acuerdo con el sentir general: “Y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza” (23,13) ... Y hasta advierte en las sextas Moradas sobre los arrobamientos diciendo: entiéndese arrobamientos que lo sean y no flaquezas de mujeres como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasis” (6M 4,2) pues como dirá más adelante lo que a veces pudieran parecer arrobamientos “no son sino alguna flaqueza natural, que puede ser a personas de flaca complexión, como somos las mujeres” (6M 4, 9).

Si en algo, pues, insiste repetidamente la Santa es en este reconocimiento de la flaqueza de la condición femenina. La lista de las citas podría ser larga, de verdad. Bástenos con algunas más significativas por alguno de los matices añadidos. Y así dice en las Fundaciones para confirmarlo: “Porque el natural de las mujeres es flaco y el amor propio que reina en nosotras muy sutil” (F 4,2) y más adelante: “Téngase aviso que la flaqueza natural es muy flaca, en especial en las mujeres, y en este camino de oración se muestra más” (F 8,6).

No obstante la cual, espera que sus hijas lleven adelante lo emprendido, por lo que les insta para “que no se pierda por nuestra flaqueza, un tan gran principio como ha sido servido que comience en unas mujeres tan miserables como nosotras” (F. 27,11).

Mujercilla flaca

De hecho, ella misma usa, para evocar su condición, el nombre de mujer, con unas diminutivos que parecen aludir a esa fragilidad, si es que no se trata, precisamente, de una ironía con la que quiere de algún modo ridiculizar el concepto en que los demás tienen a la mujer, que también podría ser. Así tras referir la situación que ha vivido en los comienzos de su vida mística por las dudas del confesor y la reticencia de algunos desconfiados, añade, porque “contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca y temerosa, no parece nada, así dicho” (V 28,18), pero fue un gran sufrimiento... Y antes, hablando de los gustos en la oración y cómo deben ser apetecidos, había dicho: “para mujercitas como yo, flacas y con poca fortaleza me parece a mí conviene, como Dios ahora lo hace, llevarme con regalos” (V 11,14) pero no es algo que debieran apetecer como dice, con esa probable ironía, “los hombres de tomo, que veo hacer tanto caso que me hace disgusto oírlo”.

Luego, en las Fundaciones, para que más se valore lo que Dios ha hecho al respaldar las fundaciones y dándole a ella misma el ánimo para llevarlas adelante, escribirá: “¿De dónde pensáis que tuviera poder una mujercilla para tan grandes obras, sujeta, sin solo un maravedí, ni quien con nada me favoreciese?” (F 27,11). Claro que, en el *Camino*, para ensalzar más la grandeza del amor de Dios, tan a distancia del que pueden tener las criaturas, había escrito: “¿Pues no se puede encubrir el amor si se ama un hombrecillo o una mujercilla... y habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios?” (CE 70,2).

Este diminutivo —entre tierno e irónico— con el que acepta el parecer social de tener a la mujer por débil e insignificante, a la vez que se le dice lo contrario, no solo lo ha usado para definirse a sí misma, sino también para referirse, en general, a sus descalzas. Así dirá en alusión a las primitivas de san José y al alboroto que suscitó en la ciudad la nueva fundación: “Espantábame yo de lo que ponía el demonio, contra unas mujercitas” (V36,19), las que ella llama también “las trece pobrecillas” en el mismo tono... Luego, en las Fundaciones, habrá alusiones referidas ya, en concreto, a algunas religiosas ejemplares de las que se propone hablar para resaltar su virtud: “podrá ser que diga algunas cosas de ellas, para que alabemos todas al Señor que así resplandecen sus grandezas en unas flacas mujercitas” (F. 12,10),

Como varones fuertes

Pero Teresa no quería ser la excepción ni se gozaba con ser ella sola una mujer fuerte en medio de un mundo de mujeres flacas, y que, por lo mismo, habían de vivir sometidas en una en una sociedad donde se hacía gala de ser y dominar los varones fuertes. Así que, después de haber puesto en marcha aquel grupito de almas valerosas que resultó ser la comunidad primitiva de san José y como una invitación a mantenerse siempre valientes en la lucha, y no perderse en actitudes blandas y palabras amorosas entre ellas, se despachará la Santa con estas palabras enardecidas: “Estas palabras regaladas déjenlas para con su Esposo, pues tanto han de estar con Él y tan a solas, que de todas se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre, y muy usadas acá no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mías, lo fuédeses en nada, ni lo pareciédeses, sino varones fuertes, que si ellas

hacen lo que es en si, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres” (C.7,8).

Supongo que no es necesario advertir que la Santa no maldice con esto su feminidad ni la de nadie, ni invita a disimular la propia condición y menos perder las verdaderas cualidades de la condición femenina... Se trata simplemente, en primer lugar, de no malgastar el afecto en simples palabras efusivas que desplacen hacia las hermanas el amor más ardiente debido al Señor. Y más aún, de no hacer bandera de esa convenida flaqueza de mujeres dispensándose así de todo lo que resulte costoso.

Lo que ella promueve, alentada por su propia experiencia, es que las religiosas, aun siendo mujeres y a pesar de que tengan acaso esa fragilidad pregonada, de tal manera fortalezcan su ánimo que llegue a ser “más que de mujer”. Y puesto que se presupone que el valor y la fortaleza es privilegio de los hombres, así como de las mujeres lo es la flaqueza, pues la Santa las invita a ser fuertes en el ánimo como los hombres.

En primer lugar, porque esa pretendida debilidad acaso no es tal cuando hay otra fuerza interior, otro ideal que sostiene la vida y alienta: que “mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por vos” (V 21,5), dirá la Santa reprochándose a sí misma el no hacerlas, y como motivo para no buscar por lo mismo disculpa en la condición de mujer si esas cosas nobles no se realizan... Y ella misma ratifica esto como prueba de lo dicho cuando afirma al comienzo de las *Fundaciones* en apoyo de su intuición de que Dios quería algo más y singular, por cierto, y calificando de paso la calidad de aquellas primitivas: “Considerando yo el gran valor de estas almas y el ánimo que Dios les daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres muchas veces me parecía que era para un gran fin” (F 1,6).

Malecillos de mujeres

La fortaleza de ánimo, pues, no es propia de mujeres, según el sentir general, que les atribuye más bien la flaqueza como connatural, y aún la misma Santa lo admite

en parte, sería, por herencia obligada, sin embargo, una de esas virtudes características del estilo teresiano de feminismo que Teresa ha vivido y propugnado. Una fortaleza que debe llevar en primer término a asumir con entereza los males y limitaciones que nacen de la propia condición y flaqueza natural, que como ha dicho la Santa con gracia “no hay mujer sin achaque”. Frente a esa realidad, pues, objetiva comenta e invita la Santa: “Cosa imperfecta, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males, si podéis sufrirlo no lo hagáis. Cuando es grave el mal el mismo se queja, es otro quejido y luego se parece. Mirad que sois pocas y si una tiene esta costumbre es para traer fatigadas a todas” (C11,1). Hay pues, una doble razón para no hacerlo. Ya que añadida a la de ser fuertes y no dejarse llevar fácilmente por la queja, está la de no “traer fatigadas”, pendientes y preocupadas a las demás.

Y por si hubiera quedado alguna duda respecto a eso de los males livianos o ligeros, añade: “más unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas”. Y como buena conocedora de la condición humana y femenina y tratando de objetivar el alcance de esos males, comenta todavía: “que algunas veces pone el

demonio imaginación de esos dolores; quítanse y pónense”. No deja de ser sutil y aleccionadora la advertencia de cuanto puede haber de imaginación en un malestar, y cómo ese aparecer y desaparecer delata que ni es grave —malecillo al fin— ni acaso tan objetivo y real como pretende la queja.

Pero no acaba ahí la lección, pues la Santa avisa de otro matiz singular que suele acompañar a estos males y contribuir a su mantenimiento. Y así dice: “Si no se pierde la costumbre de decirlo y quejaros de todo, si no fuere a Dios, nunca acabaréis. Porque este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado” (c 11, 2).

Para no caer en esa situación siempre será buen remedio, como apunta la Santa, perder el amor propio, que es el que reclama el regalo. Y si el mal fuera grave, ya nos ha dicho también que es “otro el quejido” y que, entonces, sería malo no quejarse para que se pueda poner remedio, por mucho que, entonces, uno se amparara en la razón de no querer molestar a las demás. Así como sería falta notable de amor el que las demás no prestasen el que esté al alcance de la mano de cada una, porque si hay necesidad, por ser el mal grave, “sería muy peor no decirlo que tomarle sin ella y muy malo si no se apiadasen” (C11,1).

La verdadera descalza

Pero no basta con tener esta fortaleza de ánimo, con ser mucho, frente a los malecillos, para encarnar el estilo teresiano de feminismo. Precisamente por eso, porque alude a cosas no grandes, es solo el primer paso, el punto de partida sobre el que hay que seguirse ejercitando para lograr una fortaleza de mayor envergadura, si en verdad se quiere, como ha apuntado admirar y “espantar a los hombres”, que son los que presumen de ser los fuertes.

Sobre esto vendrá el asumir otras limitaciones que la vida depara, de las que nadie está exento y, por eso mismo, hay que estar prevenidos para aceptarlas sin extrañeza y con esa misma entereza de ánimo. Para ellos, mientras sea males que se pueden pasar en pie, pide la Santa “moderación y sufrimiento siempre” (C 11,4). Y como estímulo para soportar esos males, invita a recordar el ejemplo de los santos en general y de los ermitaños del Carmelo, en particular. Dice ella: “Acordémonos de nuestros Padres santos pasados, ermitaños cuya vida pretendemos imitar; qué pasarían de dolores, y qué a solas y de fríos y hambre y sol y calor, sin tener a quién se quejar sino a Dios ¿pensáis que eran de hierro?, pues tan delicados eran como nosotras. Y creed hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto” (C 11,4).

Y, sobre todo ello, por supuesto, el asumir con valentía la cruz, que puede derivarse de la vida misma de oración, la propia perseverancia en su ejercicio cuando, lejos de encontrar el gusto apetecido, solo se encuentra la sequedad. Hablando, precisamente, de eso mismo es cuando la Santa nos ha confidenciado que tenía que valerse de todo su ánimo “más que de mujer” para no abandonar. Y será ella misma quien nos hable de los trabajos y padecimientos que tienen los contemplativos. Comenta en *Camino*: “y así pocos veo verdaderos contemplativos que no los vea animosos y determinados a padecer” (C 18,2). Tan connatural es este padecer al contemplativo, que la Santa nos ha dicho que “su oficio es padecer, como Cristo, llevar en alto la cruz, no la deja de las manos por peligros que se

vean” (Ib.), puesto que como el alferez ha de llevar la bandera y no puede abandonar la lucha para que no “vean en él flaqueza en padecer, para eso le dan tan honroso oficio” (C 18,5). Por eso, en fin de cuentas, la Santa invita en las Moradas, y desde el comienzo de las mismas, a no buscar los gustos y consolaciones sino a abrazarse con la cruz: “Abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que esta ha de ser vuestra empresa, la que más pudiere padecer, que padezca más y será la mejor librada” (2M 1,7). En realidad, según señala la Santa en *Vida*, el hecho de que Dios no conceda esas consolaciones es señal de que lleva al alma como a fuerte y seguros de eso, lo que ella solicita es “ayúdele a llevar la cruz y piense que toda la vida vivió en ella y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración. Y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz” (V 11,10).

De hecho, en las *Fundaciones* aludirá la Santa a este síntoma del desear padecer por Cristo como la prueba que acredita la identificación vocacional: “Pues desean padecer en su servicio, y la hermana que no sintiere en sí este deseo, no se tenga por verdadera descalza” (F 28,43) y añade como motivación para aceptar con ánimo ese padecimiento que la vida religiosa y de entrega pueda comportar: “pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer por imitar en algo a nuestro verdadero Esposo” (Ib).

Creo que después de escuchar estas palabras de la Santa, podremos, como siempre, reparar en lo que tiene de difícil en la práctica el llevar la cruz, cuando llega de verdad y que es algo distinto a ofrecerse para llevarla cuando está lejos. Pero no creo que haya mayor lugar para la duda de aceptar que también en esto del padecer hay un estilo teresiano, que es el que pide llevar la cruz, el padecer sin queja y con ánimo, con entereza, pues esa, en definitiva, no es privilegio de nadie, ni del hombre, ni tampoco de la mujer, sino fruto al fin del amor que se tiene, pues como ella dice en *Camino*: “A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por El, al que amare poco, poco” (C 32,7). Pero, en todo caso, podemos estar seguros de que, como dice la Santa en carta a D. Teutonio, “como Dios nos conoce por tan flacos y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme a las fuerzas” (Cta. 226,5).

Claro que, si el amor fuera mucho, será también mucha la entereza. Y si no lo fuera, el Señor se encargará de acrecentar con sus mercedes la fortaleza, sobre la flaqueza que aún tiene quien ama. Porque las mercedes no las da para solo regalar al alma, sino también para disponerla, según asegura la Santa en las Moradas. “Tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer” (7M 4,4,).

Si tuviera libertad

No se agotan, por supuesto, con este padecer con entereza, por muy propio de su estilo que sea, las cualidades del feminismo teresiano sobre el que venimos reflexionando. Además de lo dicho, hay otro matiz que me parece también no solo importante, sino uno de los más manifiestamente queridos por Teresa y por el que ha luchado con denuedo, como era su temple, y más bien contracorriente... Me refiero a su amor por una libertad justa que concediera a la mujer la debida independencia o, cuando menos, el tener voz propia y ser considerada en algo.

Durante toda su vida, Teresa ha sentido limitada esa libertad tanto por los condicionamientos sociales como eclesiásticos. Aunque en unos momentos le han pesado más que en otros, como cuando está promoviendo todo el asunto de la Fundación de san José, que siente más su agobio y le lleva a quejarse al Señor: “Algunas veces, afligida, decía Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles?, que aunque fuera mujer, ¡si tuviera libertad! ¡mas atada...” (V33,11).

Esto de las ataduras lo había percibido desde niña, cuando el tener padres le parecerá “el mayor embarazo” (V 1,5) para huir a tierra de moros... Y cuando vea cortados sus vuelos amorosos con los primos, y en el régimen estrecho de las Agustinas y en su entrada en la Encarnación. Si bien de allí dice: que le daban tanta y más libertad que a las muy antiguas “y tenían gran seguridad de mí” (V 7,2), aunque en prueba de que se la merecía, nos dirá: “tomar yo libertad de hacer cosas sin licencia, digo por agujeros o paredes o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano” (V 7,2).

Pero, a continuación, hace una reflexión importante, tras decir cómo en su convento no se prometía clausura, por lo que podían salir fácilmente las religiosas del mismo a casa de familiares y amigos y cómo “la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad” para ella —“que era ruin”— hubiera sido causa de irse al infierno, si el Señor no le hubiera sacado del peligro. Para acabar certificando que “Y así me parece es peligro grandísimo monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece que es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas” (V 7,3).

La observación es seria y puede tener no poco de los miedos que la sociedad ponía sobre la condición de la mujer y su flaqueza. Así como resabios de la experiencia propia y ajena. Porque conviene no olvidar que —a lo que sabemos— había en la Encarnación algunas religiosas poco motivadas y seglares conviviendo, lo que podía hacer derivar la libertad ciertamente hacia actitudes no tan responsables y religiosas.

Pero tampoco se puede tomar como una condena implícita de la libertad ni darle un valor absoluto, aunque el saber que la libertad es un arma de doble filo, es una reflexión elemental de cualquier persona consciente, y que por tanto se puede usar bien y mal, como la Santa ha dicho, y que por otra parte —como ella misma reconoce también en las *Relaciones*— “el natural es amigo de libertad” (R 40). Y, por lo mismo, justo es reconocer que el uso indebido de la misma también es dañino y puede darse en la vida religiosa como en cualquier otro ambiente: “Pues decir a un religioso, que está mostrado a libertad y regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo...no hay remedio aun ahora de quererlo algunos”(C 33,1).

Está, pues, claro, que la Santa se ha movido, por una parte, con cierta libertad dentro de la vida religiosa, y beneficiándose de ella, mientras advertía sus riesgos, pero, por otro lado, se ha visto atada por los condicionamientos sociales y eclesiásticos, y es frente a los que alza su voz... Así dirá en *Vida*, refiriéndose a la imposibilidad —por ser mujer— de predicar y poder decir y anunciar la largueza del amor y lo errado de nuestros modos de seguirle queriendo conjugar con su cruz nuestros placeres y pasatiempos: “Dé voces vuestra merced en decir estas verda-

des, pues Dios me quitó a mí esta libertad” (V 27,13). Y en razón de eso mismo dirá en los capítulos siguientes en referencia a los sacerdotes, religiosos y hombres letrados: “Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí y le dio letras y talentos y libertad para predicar y confesar y llegar almas a Dios” (V30,21). Ella acepta, ciertamente, la realidad: “Hemos de ser predicadoras de obras, ya que el apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras” (C.15,6), pero añora esa posibilidad, al menos de decir una palabra.

Nos tiene el mundo acorraladas

Esa es, sin duda, la libertad que Teresa añora, que no es tanto la de ser sacerdote cuanto la de poder cumplir con ese deseo íntimo de airear todo lo que percibe de Dios, el poder “dar voces” para prevenir a cuantos van por mal camino.

Y aquí es donde cabe el recoger su queja más honda sobre la situación en que la mujer estaba en la sociedad y más aún en la Iglesia, silenciada y sin voz. El desahogo nos lo ofreció en el *Camino de Perfección*, y como sabéis, fue tachado por la censura. Decía así: “Ni aborrecísteis, Señor de mi alma, cuando andábais en el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres, pues estaba vuestra Sacratísima Madre, en cuyos méritos merecemos, y por tener su hábito, lo que desmerecimos por nuestras culpas. ¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán, y en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres” (CE 4, 1).

El texto, como vemos, no tiene desperdicio y es un alegato íntimo y sentido sobre la fidelidad amorosa de las mujeres que, en su vida terrena, siguieron a Jesús, y su correspondencia... Y, al hilo del mismo, es cuando la Santa se queja de que las mujeres están acorraladas, sin libertad, tenidas por sospechosa su virtud, y menospreciado el caudal de sus valores que podrían aportar para el bien de la Iglesia.

A este texto habría que sumar aquel en que, amparándose en la autoridad de san Pedro de Alcántara, defiende también que las mujeres adelantan más que los hombres en el camino de la oración. Dice ella: “Y hay muchas más que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo Fr. Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que los hombres; y daba de ello excelentes razones que no hay para qué las decir aquí, todas a favor de las mujeres” (V 40,8).

A decir verdad, ella alcanzó lo que deseaba: decir una palabra en medio de la Iglesia —por medio de sus escritos— que aún se sigue repitiendo.

Y sin embargo, no es esta tampoco la libertad por la que la Santa clama y desea como logro de verdad para sus hijos. No se trata de la libertad de hacer cada uno lo quiere, sin tener que contar con nadie, que parece el concepto más elemental. La que ella anhela y promueve es la libertad de espíritu. Es decir, no sentirse obligado ni atado por ninguna de las cosas y realidades que nos rodean. A comenzar por cuanto la sociedad tiende a obligarnos. Dirá la Santa: “Oh gran libertad tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo”. (V 16,8). Ese es, sin duda, el primer síntoma del señorío. Ser uno el dueño y no el esclavo del mundo y de las cosas... Por eso, podrá decir la Santa, refiriéndose al tiempo en que vivió en el palacio de doña Luisa, tratando con la nobleza más encumbrada: “No dejaba de tratar con aquellas tan señoras que muy a mi honra pudiera yo servir las con la libertad que si yo fuera su igual” (V 34,3).

Sobre eso habrá de venir luego el señorío sobre los propios deseos y afectos que tantas veces igualmente nos esclavizan. Y con el propósito de ayudar a este ideal, escribe la Santa el *Camino*, del que ella misma dice: “No os espantéis hermanas de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad” (C 19,4). Y de modo particular, lo hará en los capítulos dedicados al desasimiento. Que son pasos decididos en busca de la libertad... Por eso, para librarnos de la tiranía ciega de nuestros afectos que tienden al particularismo y a buscar la correspondencia en los más cercanos, hermanos de comunidad, escribirá Teresa: “Oh hermanas, no consintamos que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre”, para decir luego taxativa sobre el necesario despegue de amigos y familiares: “la monja que deseara ver deudos para su consuelo, no tendrá libertad de espíritu...” (C 8,3), como en el aceptar los agravios y humillaciones. Por eso, la Santa señalará que en “holgarse de ser culpadas se comienza a ganar libertad... y no se da más que digan mal que bien, antes parece es negocio ajeno” (C 15,7). Y nada digamos de ese aceptar la sequedad, que es pan abundante del camino de la oración y ocasión propicia para liberarnos del deseo instintivo de buscar nuestro gusto, aunque sea en Dios: buscar el gusto que nos libra de la esclavitud de querer y buscar nuestro gusto, el de nuestra sensibilidad... Dirá ella: “Hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer” (V 11,14) cuando lo que importa de verdad —si se quiere lograr esa libertad de espíritu auténtica— es aceptar la cruz que libera y purifica, como nos ha dicho la Santa: “Si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado, comience a no se espantar de la cruz” (V 11,17).

Quizá, con frecuencia, pensamos que el sentir limitada nuestra libertad, nos coarta y nos hace sufrir. Y puede que, a veces, así sea. Por defecto de principio, acaso. Pues olvidamos que la hemos dado por propia voluntad, y que, ciertamente, no cabe entonces el quejarse. Podemos no darla, pero si la damos “con libertad hemos de andar este camino, puestos en las manos de Dios” (V 22,11). Lo que no tiene sentido es reclamar esa libertad después de haberla dado, viviendo en tensión por la que nos falta, y dejándonos esclavizar de nuevo por aquello a lo que había renunciado. Con razón dice la Santa: “¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece!” (V 9,8).

Curiosamente, esa falta de libertad pueden causarla también, por falsa humildad, las mismas gracias espirituales, cuando son notables y apreciadas por los demás, como a la Santa le pasaba con aquello de los arrobamientos: “Mucho me quitaban la libertad de espíritu estos temores, que después vine yo a entender no era buena humildad” (V 31,14).

Hasta que el propio Señor se lo concedió como nueva gracia. Con todo, la Santa advertirá que no se alcanza de repente esta libertad de espíritu : “Aunque es muy necesario (la mortificación) para ganar el alma libertad y subida perfección, no se hace esto en breve tiempo” (F18,8) A no ser, claro está, que el Señor conceda por gracia, como a ella, aquel despegue de las amistades que le ataba: que “en un punto me dio Dios la libertad que yo con tantas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo” (V 24,8).

Pero quizá la mejor definición de lo que es la libertad de espíritu nos la ha ofrecido la Santa —y no deja de ser significativo— hablando de la obediencia, que es donde, en la vida religiosa, más se inmola la propia libertad. En *Fundaciones*, nos hablará la Santa de un religioso que durante quince años no había tenido un día para sí, trabajado en oficios y ocupaciones. Y dice de él: “Es un alma de las más inclinadas a obediencia que yo he visto... Hale pagado bien el Señor que sin saber cómo se halló con aquella libertad de espíritu tan preciada, y deseada que tienen los perfectos adonde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear, porque no queriendo nada, lo poseen todo. (F.5,7).

Un grado más arriba todavía de esta libertad de espíritu estaría, entiendo, otra libertad por la que la Santa suspira, con los místicos en algunos momentos. La de verse libre ya del de las ataduras del cuerpo y de la vida. Escribe Teresa: “Oh que es un alma que se ve aquí, haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida, tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar a Dios la librase de ella, da voces con él, pide a Dios libertad con tan gran ímpetu amuchas veces que parece se quiere salir el alma del cuerpo a buscar esta libertad ya que no lo sacan” (21,6). Esta ansia de liberación más que de libertad es algo que acompaña con frecuencia al místico y que le hace volverse hacia Dios para suplicarla, como lo hace la Santa, que dice: “Deseo verla con libertad y así digo al Señor: ¿cuándo, Dios mío, acabaré de ver ya mi alma junta en vuestra alabanza que os gocen todas las potencias” (V 30,16).

La Santa libertad

Pero también, en un orden práctico de cosas, la Santa se ha referido a una libertad que ha calificado curiosamente de santa y que no apunta a altos vuelos de espíritu, sino simplemente a la libertad y capacidad irrenunciable de elegir al confesor, a ese consejero a su juicio totalmente necesario para no ser engañados en el camino espiritual... Así, dice refiriéndose a los seglares: “alabe a Dios que puede escoger a quien ha de estar sujeto y no pierda esta tan virtuosa libertad” (13,19). Y ella misma luchará a capa y espada para garantizar a sus monjas esta misma libertad, consignando este aviso en las *Fundaciones*: “Esta santa libertad pido yo por amor del Señor a la que estuviere por mayor procure siempre con el obispo o provincial” (F 5,2). Pues “el tener luz verdadera” —como ella dice— es todo nuestro bien, sobre esta asienta bien la oración, sin este cimiento fuerte todo

el edificio va en falso. Si no les dieran libertad para confesarse, para tratar cosas de su alma con personas semejantes, a lo que he dicho” (C 5,4).

No obstante, en la primera redacción de *Camino* llamará santa libertad, simplemente a esa libertad de espíritu que es la que se busca mediante el desasimiento y que es el objetivo central de la búsqueda para poder llegar a vivir a solas con Dios solo, contra el cual atentan muchos riesgos. Dice ella: “Hay muy muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, para que pueda volar a su hacedor sin ir cargado de tierra y plomo” (CE 14,1).

También consignará con este mismo calificativo de santa a la libertad de otro signo distinto, que es la que nos libra de miedos y encogimientos y que nos lleva a poder tratar con todas las personas para su bien, sin que nada nos lo impida y mucho menos por temor a acercarnos a personas no tan espirituales. Dice la Santa: “Sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo y aunque sean personas distraídas” (41,4). Mas aún si con ello pueden ayudar a los demás, aunque no falte quien se asuste: “Por aprovechar el prójimo tratan con libertad y sin esos encogimientos” (41,6).

Esclavos de todo el mundo

Se trata por lo mismo de una nueva modalidad de libertad. De libertad interior para no tener miedo, que es, a su vez, la mejor disposición para hacer el camino espiritual sin miedos innecesarios. Y que la Santa ha recomendado como actitud personal a mantener siempre: “Pongo tanto en ello porque les importa comenzar con esta libertad y determinación” (V11,15). Es consigna que repite desde el comienzo: “procúrese a los principios andar con alegría y libertad”.

Y será, precisamente, por amor al prójimo y a su servicio por lo único que merece la pena sacrificar la propia libertad, en el sentido más amplio de la palabra. Solo su servicio justifica el que nos sometamos como esclavos. Y aún obliga a ello. Dirá Teresa nada menos que en las séptimas Moradas: “¿Sabéis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue, que no les hace ningún agravio, ni pequeña merced” (7M 4,9).

La única libertad que asusta a la Santa es la de quienes, bajo el amparo de su mal —la melancolía, que ella dice— buscan hacer siempre su capricho... En prevención de lo cual, aconseja a las prioras que obren con autoridad impidiéndolo: “Que no entiendan que han de salir con lo que quieren que en sentir que tienen esta libertad está el daño” (F 76,9).

En esto la Santa se muestra realmente rigurosa sugiriendo que, cuando no basta con buenos modos, se recurra a la cárcel conventual, entonces en uso, de la misma manera que se ata a los locos dice ella, para que no dañen.

Está claro, por lo demás, que el sentido de la palabra libertad es muy rico y variado, y hay que hacer un esfuerzo de conciencia de reflexión para no confundir sus exigencias. No toda libertad es santa. Pero tampoco toda es maligna. Y en todo caso, está claro, si nos atenemos a cuanto ha dicho la Santa: que la libertad

que ella defiende es la libertad de espíritu que libera el corazón para dárselo todo al Señor, que es el único que puede pedirnos la esclavitud de amar y servir a los demás, aunque eso recortara nuestra libertad de hacer lo que cada uno quiere.

No soy tan letrera

Si bien hemos apuntado, en diferentes momentos, tanto la veneración de la Santa por los letrados como su admiración por su sabiduría con la que hay siempre que contar para que el camino de la oración no se construya en falso, creo merece la pena —antes de concluir nuestra reflexión sobre su estilo de feminismo— una breve reflexión sobre este asunto, desde una perspectiva más nuestra.

Es evidente, por una parte, que ella concede un valor singular al conocimiento que da el estudio, a “las letras”, “son gran cosa letras para dar en todo luz” (C 5,2), dirá ella con profunda admiración que no oculta por quienes las tienen. Y en las *Moradas*, dirá algo parecido: “Gran cosa es el saber y las letras para todo” (4 M 1,5). Tener letras es tener sabiduría, no solo estudio, puesto que también existen los medio letrados, los que acaso sí han estudiado, pero no han adquirido sabiduría, y que son los que, como ella misma sabe por experiencia y por eso nos previene, nos pueden engañar sin pretenderlo.

Ahora bien, las letras en su tiempo, es decir, la posibilidad de adquirir esa sabiduría con el estudio era exclusiva de los varones. Por eso, la Santa se queja de no tener —no poder tener, más bien— letras, “como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada” (6M 4,9), y en la *Vida* había dicho, lamentando no saber darse a entender: “ni aún yo sé darlo a entender, porque para hartas cosas eran menester letras” (V 14,6). Así que, a veces, se lamenta de esa falta, puesto que le impide expresarse y comunicar lo que siente y vive: “Oh Dios mío, quien tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma” (V25,17).

Pero, a la vez, lo acepta como un hecho natural, por haber asimilado esa situación social sin amargura, de modo que, al fin, acaba compartiendo el criterio social de que las letras son propias de los hombres: “Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias, porque haya quien con tantos trabajos haya alcanzado la verdad que los ignorantes ignoramos” (V13,19).

Lo que, en línea de práctica, significa que a ellos ha de acudir de ordinario la mujer para buscar luz y orientación, ya que ellos son los dueños de la sabiduría: “Siempre os informad hijas de quien tenga letras, que en estas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad sentenció en las Fundaciones (F 19,1)

Por eso, su sorpresa cuando alguna mujer da señales de cultura, que no son efectivamente usuales en su tiempo... Así responde con ironía a María de San José, que ha hecho gala de erudición: “Bueno es eso de Elías, mas como no soy tan letra como ella no sé lo que son los asirios” (237,4). Y la sorpresa se trueca en sospecha en aquel sabido episodio cuando una aspirante que quiere ingresar descalza le dice al despedirse para preparar el ingreso: “Madre, traeré también la Biblia, a lo que la Santa dice: quedaos vos y vuestra Biblia en casa...”, pues era

para sospechar de los círculos en que se movía, que efectivamente una mujer entonces pudiera tener una Biblia.

Qué valiera ser filósofo

Pero ni una ni otra cita dan para sospechar que la Santa abogara por mantener a la mujer lejos de “las letras”. Y no hay duda que ella —tan amiga de las mismas que lamenta su carencia hasta decir: “¡que valiera aquí ser filósofo para saber las propiedades de las cosas y saberme declarar!” (CE 31,1)— hubiera deseado adquirir mayores conocimientos, de haberle sido posible. Y, en consecuencia, que una de las cosas que hoy firmaría a gusto sería la formación de la mujer.

Esta formación, ciertamente, no se ha de plantear como un alternativa para no tener que recurrir, como la Santa apunta de continuo, a los letrados, al maestro letrado y espiritual, pues que, al fin, siempre será necesario contrastar los propios criterios y certezas con los de alguien que fuera de nosotros vea las cosas más objetivamente que uno mismo y, así, evitar los posibles errores que nacen del fiarse uno demasiado de sí, ya que al fin, se es juez y parte.

Pero sí ha de servir para plantear más honda y conscientemente la vida espiritual y quizá, con ello, alcanzar mayor progreso. Ha sido ella quien ha apuntado, aludiendo a esa vida espiritual superficial y sin base: “de devociones a bobas nos libre Dios” (V 13,16). Las letras son el camino para saber distinguir lo que “se puede tratar sin pecado” (V 41,6).

Y, desde esa perspectiva, Teresa valora que queda compensado el esfuerzo de haber adquirido esas letras, con el provecho que aportan: “tiempo vendrá que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber” (V 15,8). “No hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor” dirá ciertamente convencida que añade, no obstante, de “disputarlas y enseñarlas, esto sí pareciéndoles aciertan, sin que lo muestren a los letrados, esto sí” (Conceptos 1,8) con lo que invita a ese contraste de parecer, en lugar de quedarse en la presunción de la ciencia.

No obstante, la Santa también advierte sobre el valor limitado de las letras, del conocimiento y la sabiduría humana en el camino espiritual, en no pocos momentos, pues no será de su mano como alcanzaremos los dones de Dios. “Aunque más letras tengan hay cosas que no se alcanzan” (R 4,20) Y pretender mantenerse aferrado a las mismas no sería prudente: “Quédense las letras a un cabo”, dirá ella” (V 15,8). Y advierte a quienes ya tienen esas letras y tienden a basarse demasiado en ellas, como queriendo por las mismas comprender a Dios, por lo que invita a no imitarles: “No como algunos letrados, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios” (Conceptos 6,7).

Fémina inquieta

Digamos, finalmente, que su condición de mujer ha tenido para Teresa sus ventajas y sus inconvenientes. Más, quizá, estos, desde luego, en aquella sociedad machista... Quizá el que más le afecta de momento, es la publicación del *Índice* de Valdés, que retira una parte de los libros en castellano que ella leía, aunque pronto la socorre el Señor, su “libro vivo”. De ahí también su gozo, que expresa

llena de gratitud en la carta que escribe al P. Granada, por escribir en castellano. Y en cuanto a su dimensión de fundadora y escritora, baste recordar las reticencias por parte de algunos a su labor. Y entre ellos la más significativa, la del Nuncio Segá, que la tachó de “inquieta y andariega”, y que inventa malas doctrinas, enseñando como maestra contra lo que dice san Pablo. Y tanto oyó la Santa esta cantinela, en la que otros hacían eco, que llega, efectivamente, a pensar si estará haciendo mal, como ella misma nos cuenta: “Estando pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: ‘Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad’. Parecíame a mí que pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres, que me han dicho poco ha y aún antes lo había oído, que esta sería la voluntad de Dios, díjome: «Diles que no se sigan por una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos»” (R19).

Pero está claro, también que, por otra parte, fueron sus habilidades femeninas las que le facilitaron el lograr lo que quería. Baste recordar su primera conquista del cura de Becedas, la del Obispo de Ávila para la Fundación, la de Fr. Juan y P. Antonio para la reforma, la del P. Rubeo para alcanzar los permisos, la del Obispo de Sevilla o Burgos, etc. Ella misma cuenta, referente a la conquista del P. Ambrosio Mariano, el ermitaño ganado para su causa, como este se sentía “espantado de verse mudado tan presto, en especial por una mujer, que aún ahora, algunas veces me lo dice” (F.17,9), escribe en las Fundaciones algunos años después del episodio de Madrid. Y, si hubiéramos de hacer la lista de todos los que trató, se haría interminable, y en ella se mezclarían los de confesores y asesores que van de Daza, y los jesuitas y San Pedro de Alcántara al Dr. Castro y Nero, en los años finales de su vida, con los más leales colaboradores como Salcedo, Julián de Ávila, Gaitán, el Dr. Aguiar o el buen Andrada de Toledo. Y los arrieros. Y Roque de Huerta el guardabosques del Rey, o Ruy Gómez y el Duque de Alba, etc...

Claro que a todos desbanca con Gracián, y su relación merecería un capítulo aparte y no es este el momento de hacerlo. Baste consignar como sabido y probado el hondo afecto y ascendiente que tiene sobre él, que constituye, no sin rubor del propio interesado el “desaguadero” que toda alma ha de tener, según ella justifica y que él, por su parte, merece y que tan fielmente agradeció y guardó toda su vida para con ella.

Como es natural, la Santa, aunque no ha desdeñado ni rehuido el encuentro con los hombres, se ha movido preferentemente entre mujeres y con ellas ha podido manifestar de forma más espontánea todo cuanto su condición de mujer suponía. Sus vastas relaciones sociales le han puesto en relación con todo tipo de mujeres. Desde la nobleza —D^a Luisa de la Cerda, María de Mendoza, la princesa de Eboli, Leonor de Mascareñas, etc— a las más sencillas, como las vecinas de la fundación toledana a las que asusta de madrugada. Desde las que tienen fama de santas como Maridíaz, a las que solo presumen de lo mismo, como la sevillana María del Corro.

Y a la lista de estos contactos ocasionales con algunas mujeres habría que añadir los que, en su condición de hermana y de madre, ha mantenida con sus monjas. No es cosa de detenernos en lo que mejor sabéis: el amor singular que la Santa sentía por las monjas, a las que primero percibía como hermanas en San

José, y luego como hijas en los demás conventos. Ni de la intensidad con que se sentía querida por ellas. Basten estos dos botones de muestra. Para lo último sirve aquel con el que entrega el libro del *Camino* para enseñanza de todas, y como su verdadero testamento espiritual: “me han tanto importunado les diga algo de ella que me he determinado a obedecerlas, viendo que el amor grande que me tienen puede hacer más acepto lo imperfecto y por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribe” (C Prólogo).

No hay duda, pues de que ella se recreaba también saboreando este amor que percibía de sus hermanas e hijas, aunque alguna vez también percibiera —a lo que parece, por alguna queja suya— que no estaban muy de acuerdo con esa repetida y humilde proclamación de su ruindad, pues dice en las *Moradas*, como recogiendo esta queja: «No tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruin, pues tenéis tan buena madre. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona» (3M 1,3).

Y como ya sé yo también por la queja que algún alma devota estaba echando en falta esta referencia a la Virgen como propia del estilo teresiano, es el momento oportuno de decir que sí, que si bien al hablar de ese estilo omito el hacerlo de los grandes valores substanciales del mismo, y de la doctrina teresiana —la propia oración, la humanidad de Cristo, los votos, la Inhabitación—, por ser más sabidos, no sobra el hacer referencia a su devoción a la Virgen, aprendida de su madre, cultivada con filial confianza después por ella misma, especialmente en las horas difíciles de la orfandad, o la Encarnación, en la que hace sus veces de Priora, y que la recomienda vivamente a sus hijas que han de acreditarla sobre todo en la imitación de sus virtudes, y particularmente en la de la humildad: “Parezcámonos, hijas mías, en algo, a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas, que por mucho que nos parezca nos humillamos, quedamos bien cortas para ser hijas de tal madre y esposas de tal esposo” (C.13,3).

Como tampoco tendrá que olvidar nunca quien pretende afiliarse al estilo teresiano esa devoción segura y convencida de la Santa hacia san José, maestro de oración, y valedor acreditado de todo los ruegos y necesidades y guardián de su casa, ya que en pregonar su devoción sí que ha sido singular y preclara la Santa...

Pero volvamos al punto en que estamos —el amor entre la Santa y sus escalas— y digamos que, para certificar su amor, basta este texto al final del capítulo 27 de las *Fundaciones*, explicando los trabajos de las mismas: “Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte para otra, yo os digo, que como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las había de tornar a ver y veía su gran sentimiento y lágrimas. Que aunque están de otras cosas desasidas, esta no se la ha dado Dios, por ventura, para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no se lo mostrar y las reñía; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen y bien se ve en muchas cosas ser verdadero” (F 27,19).

Pero hay una circunstancia en la que la Santa saca a relucir con mayor intensidad su natural ternura de mujer. Es en su relación y acogida a las diferentes jovencitas —niñas en algunos casos— que acoge en sus conventos, y a las que manifiesta un amor especialísimo. Bástenos recordar a Isabel Dantisco, la hermana de Gracián, y a su sobrina Teresita, la quiteña... Y recordar al respecto aquella carta a María de San José en la que le habla de las dos: “Donosa está en no querer que sea otra como Teresa. Pues sepa cierto que, si esta mi Bela tuviera la gracia natural que la otra, y lo sobrenatural, que verdaderamente veíamos obraba Dios algunas cosas en ella, que el entendimiento y habilidad y blandura que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imagen de nuestra Señora, no viene fiesta que no hace una invención de ello en su ermita o en la recreación, con alguna copla a que ella da buen tono, y lo hace que nos tiene espantadas. Solo tengo un trabajo, que no sé cómo le poner la boca, que la tiene frigidísima y se ríe muy fríamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría. Ella dice que no tiene la culpa, sino la boca, y es verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa, en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, y así lo dicen acá, aunque yo no lo confieso y a ella se lo digo en secreto. No lo diga a nadie, que gustaría si viese la vida que traigo en ponerle la boca. Creo como sea mayor no será tan fría, al menos no lo es en los dichos” (175,6).

Difícilmente podríamos encontrar una pincelada mejor, más femenina, delicada y tierna que esta para dejar constancia del estilo de feminismo teresiano que ha de ser herencia preciosa para vivir y transmitir a los demás.